

Redentoristas en la frontera



Kacper Grabowski, CSsR

Del 8 al 14 de marzo, junto a 4 cohermanos (el P. Maciej Ziębiec y los estudiantes Michał Zieliński, Bartłomiej Laskowski y Jakub Ciepty) tuve el placer de ayudar como voluntario en la frontera con Ucrania, en el pueblo de Zosin. Ha sido un tiempo increíblemente duro, pero también increíblemente maravilloso.



En el paso fronterizo de Zosin también había un punto de recarga, llamado la “Tienda Verde”. Aquí llegaban la mayoría de las ayudas que recibíamos, para después ser mandadas directamente a Ucrania. El hermano Jakub Ciepty estaba asignado a este lugar, participando activamente en la organización y la logística. También logramos enviar algunos autobuses a través de Leżajsk directamente hasta Lviv, a nuestros hermanos redentoristas que se encuentran trabajando allí. Hemos podido comprobar que el hermano Bartek es un conductor incansable que no necesita dormir, entregando los paquetes donde y cuando es necesario.

La importancia de la atención espiritual

También conseguimos instalar una carpa más, la Capilla, a la que llamamos Capilla del Santísimo Redentor. El 14 de marzo se celebró allí la primera misa. Hemos tratado de hacer que los refugiados recibieran tanto atención física como psíquica, pero también que tuvieran atención espiritual y un lugar donde pudieran rezar. Por supuesto, la tienda también fue un gran regalo para los voluntarios: en medio de tanta dificultad, pudieron ponerlo todos en manos del Buen Dios.

Muchas colaboraciones diversas

A parte de en nuestra carpa de Cáritas, en esta zona de acogida para refugiados servían también voluntarios de la Acción Humanitaria de Polonia, el Grupo Lotna Polska 2050, el World Central Kitchen y también los ATS, que brindaban los primeros auxilios cuando era necesario. En la frontera también había muchos policías, bomberos, miembros del ejército, etc., así como muchas instituciones privadas no sólo de Polonia, sino también de otros países. Ha sido maravilloso como todo el mundo, a pesar de las discrepancias ideológicas, prestaba su ayuda a los que más nos necesitaban, ¡e incluso nos llevábamos bien!

Nuestro puesto principal era la “Carpa Esperanza”, levantada por voluntarios de Cáritas. En esta carpa los refugiados recibían la primera atención. Aquí podían calentarse, comer algo caliente, esperar al transporte hasta los puntos de recepción y recibir una cesta con cosas básicas, gracias a la cual podrían vivir en Polonia los primeros días. Hemos sido, por así decirlo, las primeras personas con las que los ucranianos se encontraban en su camino hacia Polonia. Aquí hemos conocido muchas historias emocionantes que los mismos refugiados nos han contado. Mientras estábamos en la frontera llegó la llamada “segunda ola de refugiados”, aquellos que vieron con sus propios ojos el espantoso rostro de la guerra. Eran historias muy duras con las que se nos saltaban las lágrimas. El principal apoyo para los refugiados fue el hermano Michał, que conocía la lengua rusa y podía escuchar y hablar mejor con los ucranianos, pero el funcionamiento tan eficiente de la carpa fue posible gracias al gran número de voluntarios laicos (no sólo de Polonia) que habían venido para prestar ayuda a nuestros vecinos del este.

Una empresa dedicada a la venta de autocaravanas cooperó con nosotros durante cierto tiempo. Llegaron con tres autocaravanas, dos de las cuales se pusieron a disposición de familias ucranianas, para que pudieran ducharse, dar de comer tranquilamente a sus hijos o dormir en una cama más cómoda. Una vez vino a nuestra tienda una familia de 14 miembros y todos cupieron en una autocaravana.

Para mí fue muy importante hablar con los voluntarios, muchos de los cuales se pasaban por nuestra carpa durante este tiempo. A menudo eran personas que buscaban a Dios, pero también no creyentes. Estas conversaciones me hacían reflexionar y en ocasiones me hicieron sonrojarme un poco. El celo con el que se comprometieron a brindar su ayuda era asombroso. Frecuentemente los voluntarios habían pedido vacaciones en sus trabajos para poder venir a la frontera, al menos por un tiempo; los que vivían más cerca, después de toda una jornada en sus respectivos trabajos, se acercaban por la noche a echar una mano. He podido encontrar gente increíble en este lugar. Por otro lado, numerosas Asociaciones Rurales de Amas de Casa se comprometieron a cocinar para los refugiados.

Y de otros países de procedencia

Una voluntaria fue para mí especialmente memorable. Mientras yo hacía algo fuera de la tienda, se me acercó una mujer y me preguntó si hablaba inglés. Dadas las circunstancias le dije que sí. Resultó que era una voluntaria de... ¡Brasil! Había venido con un equipo de varias personas desde Alemania. Eran transportistas que, arriesgando sus vidas, viajaban a los rincones más remotos de Ucrania para transportar mercancías y brindar allí asistencia. ¡Increíble! Cuando le pregunté por qué había venido aquí desde Brasil, respondió que ahora la necesidad está aquí, que la gente la necesita. No tenía miedo de ir allí; dijo que la sonrisa de los ucranianos a quienes ayudaba le daba coraje y ánimo. No fueron los únicos voluntarios extranjeros. A nuestra carpa llegaron también en una ocasión tres alemanes, que querían ser voluntarios. Muy rápidamente se encontraron en un nuevo ambiente y con otras compañías, pero consiguieron adaptarse de una forma maravillosa a la dinámica de trabajo.

Ha sido una semana extremadamente dura. Dura física, mental y emocionalmente. Dura, pero bella, y creo que transformadora. Cuando me encontraba con personas que hace apenas dos semanas llevaban vidas ordinarias, como nosotros, y hoy no tienen nada, me fue más fácil comprender lo verdaderamente efímera que es nuestra existencia; me fue más fácil comprender lo importante que es no confiar en los bienes materiales. Experimenté



tangiblemente lo que nos dice el Salmo 103: “¡El hombre! Como la hierba es su vida, / como la flor del campo, así florece; / lo azota el viento y ya no existe, / ya no lo reconoce su morada.”

Con mucha tristeza me tuve que marchar de la frontera, pues sabía que había gente allí que todavía necesitaba nuestra ayuda. Además, habíamos conocido allí a gente tan maravillosa, con la cual habíamos entablado una buena relación, hasta el punto de que se convirtieron en buenos compañeros, y humanamente fue difícil para nosotros tener que irnos. Por suerte, nuestro equipo de cuatro fue remplazado con otro equipo redentorista: los estudiantes Dominik Król, Piotr Czechowicz y Almar Suchan. Los refugiados y los voluntarios laicos no se quedaban solos, la misión continuaba y el servicio de los redentoristas en la frontera continuaba extendiéndose.

